

El libro contiene la explicación del proceso seguido para las excavaciones. Algunos datos muy interesantes tienen que ver con el carácter formativo que tuvo el proyecto para alumnos de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, pues algunos estudiantes hoy profesionales realizaron investigaciones puntuales respecto de la historia jesuítica que se rescatan en este trabajo editorial. Podemos consignar *Las reliquias del padre Gonzalo de Tapia SJ* de Sandy Cruz Navarro, Dayanara Carrasco y Alejandra Márquez; *La indumentaria de la Compañía de Jesús*, de Bárbara Elizalde, Miriam López, Nobuyuki Matsubara e Ismael Cruz.

La Iglesia de la Villa de Sinaloa. Arqueología histórica es, lo dijimos en un principio un libro muy bien logrado, no solo por lo cuidado de su redacción sino también por lo cuidado del diseño de los interiores y la gran cantidad de imágenes, ya sean mapas, fotografías, y planos de las diversas etapas de la excavación que sin duda ofrecerán respuesta a muchas de las preguntas que todos nosotros nos hacemos cuando al llegar a Sinaloa de Leyva actual y ver el vestigio de la torre del antiguo colegio nos preguntamos ¿qué fue lo que hubo ahí?, ¿de qué época son las construcciones y los restos?, ¿cómo fue que casi todo fue destruido?, ¿en qué época ocurrió?, ¿cuál fue el estado en que se encontraron los enterramientos? ¿qué tipo de instrumentos de la época lograron ser rescatados? ¿qué tipo de cerámica?, y sobre todo se encontrará respuesta a las preguntas sobre la composición interna de la antigua edificación y la forma en que la Compañía de Jesús vivió en estos lugares geográficamente marginales de los centros de poder novohispanos, pero que a la vez eran el centro de todas las misiones de Sinaloa y Sonora.

Gilberto López Castillo

Instituto Nacional de Antropología e Historia-México

Carlos A. Page, *La reducción jesuítica de Santa Rosa y su Capilla de Loreto*, Asunción del Paraguay / Fotosíntesis editora, 2015, pp. 108. ISBN: 978-99953-36-24-0.

Como buen libro de arte, lleva excelentes fotografías, en este caso del prestigioso asunceño Fernando Allen, en una impecable edición impresa por el gobierno de Paraguay, para obsequiar especialmente al Pontífice en ocasión de su visita por Latinoamérica. Momento seguramente particular, donde Francisco tuvo ocasión de rememorar los lejanos tiempos en que los jesuitas tuvieron una notoria incidencia en la región.

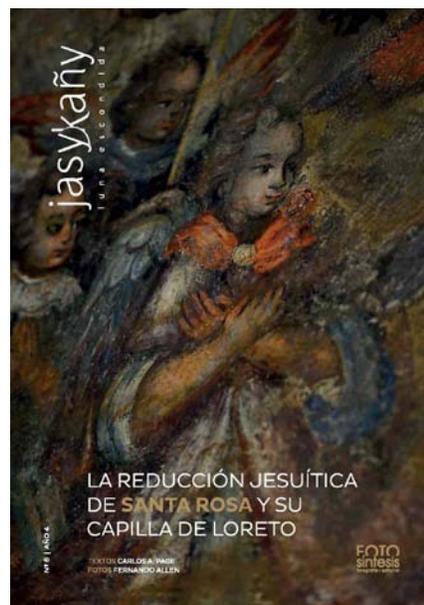
La obra es parte de un proyecto del CONICET sobre una clasificación arquitectónica por funciones, que los jesuitas levantaron en la provincia del Paraguay. De vasta trayectoria en la investigación sobre la Compañía de Jesús en el Paraguay (quizás como ningún otro contemporáneo), Page trabaja sobre una considerable amplitud de temas, aunque la arquitectura es la que con acierto ha destacado hace un tiempo el propio Maeder, al ubicarlo entre “*Mario Buschiazzo, Alberto de Paula, Ramón Gutiérrez, y últimamente Carlos Page*”, como lo refiere en su libro sobre los bienes de los jesuitas.

El autor nos lleva a visualizar las singulares pinturas interiores de la capilla de Loreto, único edificio que sobrevivió de la otrora reducción. Pero no sin antes contextualizar situaciones que afectaron las reducciones, desmitificando algunas cuestiones sensiblemente apologéticas y otras difamatorias. De hecho la introducción es clara en ello e invita a observar desde la crítica, teniendo una mirada desde el “otro”, desde lo guaraní. Y plantear que las reducciones no fueron una “utopía”, sino una realidad histórica concreta, solo que al parecer los guaraníes no la pasaron precisamente en un idílico “mundo feliz”.

Los jesuitas no se desvincularon de la realidad y soportaron las infamias de “conquistadores”, al punto -dice el autor- que ciertos jesuitas estuvieron verdaderamente comprometidos con un Evangelio que parecía distinto al practicado por la Iglesia Romana. Por ese compromiso arriesgaron sus vidas con el fin de salvar almas para Cristo, en la que fue, como el autor ha señalado en otras ocasiones, la antesala teológica de la iglesia de la opción preferencial por los pobres, por los excluidos y marginados de aquel tiempo. Un respeto por las culturas originarias que alcanza la “contra colonización cultural”, también señalada por Sustersic. De tal manera que los jesuitas embebieron en sus propias individualidades la aceptación del “otro”, en una forma de equilibrar el nuevo orden impuesto por la avaricia europea. Y eso que aún no había nacido el filósofo francés Jean Paul Sartre que impuso el término de la otredad con el objeto de reconocerse a sí mismo desde la mirada del otro.

El pueblo de Santa Rosa no fue ajeno a lo que sucedía en la región y Page nos retrotrae al P. Francisco Robles, su fundador y nexa de dos mundos diferentes: el de la opresión y el de la sujeción. Como nos tiene acostumbrado, el autor documenta su trabajo en diversos archivos, para aportar todo tipo de información, relacionada, en este caso, a los comuneros de Asunción y las pestes que se ocasionaron debido, por ejemplo, a enfrentamientos con los portugueses de Colonia del Sacramento. Es decir, guerras que afectaron notablemente la mortalidad de las poblaciones guaraníes. De allí la incorporación, en aquellos tiempos, de las casas para viudas y huérfanas que trataron de paliar el vejamen como se había hecho en la Europa medieval. Y al mismo tiempo cuestionando a autores que creían que los cotiguazú eran cárceles.

Culmina esta “primera parte” con el paso de otros jesuitas por la reducción y



finalmente el relato amargo de la expulsión, del que Page a escrito abultadamente en forma particular. Aunque en este caso el injusto y trágico suceso, solo quedará plasmado en los testimonios de los inventarios realizados para la ocasión. Dejando como, dice Maeder, una fiel radiografía de la situación material de las misiones.

La segunda parte del texto trata sobre la arquitectura y el arte de Santa Rosa, haciendo hincapié en la conocida historia de la Santa Casa de Loreto y especialmente en sus representaciones iconográficas. Sobre todo también en el aporte de los jesuitas, ya que fueron sus administradores por largos años. Lo cual permitió que fuera visitada por varios procuradores a Europa: entre ellos nada menos que el P. Diego de Torres, quien tanto en la provincia del Perú, como en la del Paraguay, propagó esta devoción con suma diligencia, al punto que promovió la construcción de réplicas en cuanto colegio y reducción visitara. Efectivamente, todas las tuvieron, solo que en la región, apenas quedan restos arqueológicos de la reducción homónima y esta de Santa Rosa que destaca por sus notables pinturas murales. Y que además son de los pocos alegatos pictóricos que nos han llegado de las misiones guaraní-jesuitas. Es detallada y prolija la descripción de ella, como también de las esculturas que las acompañan. Hace una interesante comparación con los ángeles de la cúpula de la iglesia jesuítica de Córdoba, asumiendo ser de un mismo autor. Lo cual nos habla, una vez más, de las estrechas relaciones y expansión de la cultura guaraní-jesuítica en todos sus aspectos. Recordemos, por ejemplo, las intervenciones musicales en Buenos Aires para acontecimientos especiales y donde eran convocados los pueblos misioneros.

Sin dudas un aporte original fuera de las acostumbradas generalidades y repeticiones temáticas, que nos acercan a un suceso concreto para comprender lo que sucedía en la región y en su tiempo. En este sentido Page nos lleva a una reflexión final que nos retrotrae a los enunciados iniciales donde el arte perduró a la violencia, para crear un mundo más igualitario en una de las más extraordinarias experiencias sociales de la humanidad. Pues sin comprender ese recíproco compromiso cultural, no podríamos entender por completo el arte gestado en las misiones guaranícas.

Martín Barrabino
Universidad de Buenos Aires